

LA HOSPITALIDAD MONÁSTICA EN EL MUNDO DE HOY

INTRODUCCIÓN

La evangelización es tarea fundamental que define la identidad cristiana; desde el bautismo el discípulo de Jesús ha de proclamar con su vida que Cristo muerto y resucitado es la salvación para el hombre y el mundo: su historia personal y comunitaria tiene que ser la actualización de la vida nueva recibida en la iniciación cristiana, que va creciendo por la acción del Espíritu Santo hacia la plenitud en la comunión Trinitaria.

Necesaria es, por tanto, una evangelización permanente en la vida de la Iglesia, en la experiencia personal de cada cristiano: ésta es condición de fidelidad en el seguimiento de Jesús.

Desde esta premisa fundamental hay que entender la llamada que el Papa Juan Pablo ha hecho a una "nueva evangelización", en un momento histórico muy significativo: los quinientos años de vida eclesial en América Latina.

Ahora, hay que tener en cuenta, como lo ha dicho el P. Martín de Elizalde en una reciente conferencia, que "la nueva evangelización no puede ser un impulso nacido sin pasado, sino que ha de nutrirse en las venas más auténticas de la tradición de la Iglesia"¹. En la "tradición reciente" de nuestra Iglesia Latinoamericana hay dos acontecimientos eclesiales que son punto de referencia necesario para toda nueva búsqueda a nivel de evangelización: las asambleas de Medellín y Puebla; éstas han sido momentos de salvación y gracia, verdaderos impulsos del Espíritu, que han llevado a la Iglesia del continente a la afirmación de su identidad, a la toma de conciencia

1. M. de ELIZALDE, *La vida monástica y contemplativa en Hispanoamérica*, en *Cuadernos Monásticos* 92, 1990, p. 58.

de las circunstancias concretas en las que ha de realizar su tarea de anuncio del Señor, y de los retos y exigencias allí contenidos. La nueva evangelización en América Latina ha de seguir los caminos trazados por el Señor en estos acontecimientos eclesiales recientes y en los procesos pastorales que desde ellos se han puesto en marcha.

Los monjes y las monjas de América Latina somos cristianos necesitados también de evangelización permanente, y con una responsabilidad ineludible en el anuncio del Señor. La vida monástica es don del Espíritu a la Iglesia del continente y tiene su aporte irremplazable en la tarea renovadora que ahora quiere impulsarse. Agrega el P. de Elizalde en el texto ya citado: "la dimensión contemplativa tiene que volver a estar en el corazón de la Iglesia en América". Las conferencias anteriores ya nos han hecho caer en la cuenta de ello, y han explicitado esta presencia y este aporte del carisma monástico en la nueva evangelización.

Vamos a mirar ahora la hospitalidad monástica como medio privilegiado para esta nueva evangelización. Trato de responder a esta pregunta fundamental: Qué condiciones deben darse en la vida de la comunidad monástica para que, a través de la acogida y la hospitalidad, se integre eficazmente, y desde su carisma específico, en el empeño de nueva evangelización de toda la Iglesia del continente.

Presento en una primera parte algunos elementos esenciales de la acogida y la hospitalidad en la *RB*, que todos bien conocemos. Creo necesario recordarlos, tratándo de ver qué es y hacia dónde apunta la hospitalidad en la *Regla de San Benito*. Y en un segundo momento analizo las que, a mi modo de ver, son las condiciones de fidelidad a nuestra propia tradición en el ejercicio de la hospitalidad, condiciones de fidelidad también a la llamada del Señor de cara a la nueva evangelización.

Como ya podrán observarlo, toco algunos elementos mencionados en las conferencias anteriores; ha sido necesario e inevitable. También notarán que no llego a proponer implicaciones muy concretas, o consecuencias prácticas de la reflexión, para el ejercicio de la hospitalidad en los monasterios; me pareció que en la reflexión en grupos esto podrá hacerse con mayor amplitud y resultará más enriquecedor.

I. ALGUNOS ELEMENTOS DE LA HOSPITALIDAD Y LA ACOGIDA EN LA RB

La primera constatación que se hace cuando se profundiza el tema de la acogida y la hospitalidad en la *Regla*, tanto al leer los textos de ésta como al estudiar los comentarios de los especialistas, es que acogida y hospitalidad no aparecen solas casi nunca, siempre hacen parte de un binomio cuyo segundo elemento es la separación. Una ojeada a cualquier índice de revista permite observarlo. Frecuentemente se encuentra uno con títulos como éstos: "Marginalidad y acogida", "Apertura al mundo y separación del mundo", "Separación y acogida", etc.; y ello responde a la convicción de "que una cierta separación es inherente a la vocación monástica, y que la comunión es inherente a la vocación cristiana"².

La separación del mundo es constitutivo fundamental de la vida y la vocación monásticas, pero no significa ruptura de relaciones con el exterior. La vida del cenobio, como la de cada monje, se realiza en la dinámica que marca la tensión entre retiro-soledad y apertura al mundo. También la acogida y la hospitalidad son fundamentales en el monasterio.

Los capítulos 53 y 66 de la *RB* deben ser mirados en conjunto al tratar de la recepción de los huéspedes. Presento muy globalmente algunos elementos que considero de importancia para el tema que nos ocupa.

α. Tensión entre acogida y separación

El primer elemento es precisamente el que nos ha servido para introducir este apartado: la tensión entre acogida y separación. El capítulo 66 de la *RB* permite ver en conjunto estas dos notas de la comunidad monástica. La misma estructura general del texto así lo muestra: los vv. 1-5, señalando las condiciones ideales que deben darse en el portero del monasterio, remarcan con énfasis la acogida solícita y en espíritu de fe que ha de brindarse a quien llama, a la

2. J. LECLERCQ, *Prière monastique et accueil*, en *Coll. Cist.* 33, 1971, p. 386.

puerta. Los vv. 6-7, por su parte, hablan de la autonomía que debe tener el monasterio con respecto al mundo exterior, destacando la importancia central de la clausura en la vida de los monjes.

Igualmente, al leer el capítulo 53, el primer contraste que golpea se da entre el comienzo y el final: se prescribe acoger a los huéspedes como a Cristo, con veneración y entusiasmo, pero se termina prohibiendo a los monjes que les hablen. Las demás observaciones del texto marcan una cierta reserva con respecto a las personas que al principio se han recibido tan cálidamente. Son claras pues las dificultades de la acogida y las medidas de precaución que al respecto se toman. "La acogida es amplia, pero la clausura estricta"³.

En los demás textos de la *Regla* que se refieren a la relación del monasterio con el mundo, aparecen iguales impresiones contrastantes⁴.

b. *Encuentro de hermanos en la fe,
para la mutua edificación*

De las muchas motivaciones escriturísticas para la acogida, presentes en la tradición, S. Benito toma sin duda la más frecuente: *era forastero y me hospedasteis* (Mt 25, 35). Ejercer la hospitalidad es recibir a Cristo⁵.

La vida de la comunidad monástica está dinamizada por la espera del Señor⁶, y esta espera le marca una actitud permanente de vigilancia, que se convierte en disponibilidad y apertura para acoger a Cristo en la persona del forastero.

Desde esta motivación evangélica adquieren todo su sentido profundo de fe las indicaciones que se preocupa de señalar S. Benito para el ejercicio de la acogida y la hospitalidad. La ubicación de la celda del portero junto a la puerta del monasterio es signo de la prontitud para el recibimiento. Los vv. 3-4 del capítulo 66 sitúan

3. A. de VOGÜE, *La Regla de San Benito. Comentario doctrinal y espiritual*, Zamora, Montecasino, 1985, p. 333. Cf. RB 53, 1-5. 23-24.

4. A. de VOGÜE, o. c., p. 334. Cf. RB 31, 9; 56, 1-2; 61, 1-5. 8-11; 50, 4; 51, 1-3; 54, 1-5; 61, 2; 61, 6-7; 67, 3-5.

5. *Íd.*, 53, 1. A. de VOGÜE, o. c., pp. 336-337.

6. Cf. RB 49, 7; 4, 46.

todavía más la acogida en el plano de la fe: la respuesta al llamado del que llega ("*Deo gratias-Benedic*"), el cumplimiento del encargo con prontitud y ardiente caridad, y en la delicadeza que inspira el temor de Dios, van más allá de una simple cortesía humana; se habla aquí el lenguaje de la fraternidad que nace de la fe. De la misma manera, todo lo indicado en RB 53 sobre la recepción de los huéspedes, subraya lo que acabo de anotar; la acogida reviste aquí, además, una connotación litúrgica, ya que el encuentro de los monjes y los huéspedes es encuentro de caridad en Dios⁷.

Hay que subrayar el doble movimiento, de huéspedes y monjes, hacia la comunión. Al huésped que llega al monasterio y es anunciado le salen al encuentro los hermanos y el superior⁸.

Ahora, este encuentro de hermanos en la fe y en la paz, está orientado a la edificación mutua. Es bien explícita la prescripción de llevar al huésped a orar, y de leer en su presencia la Ley Divina para que se edifique. "El encuentro del monje con el huésped, y del uno y del otro con Dios, se realiza como siempre en un compartir..., y lo que se comparte no son las condiciones de vida de su existencia ordinaria, es la oración y la Palabra de Dios"⁹.

Cierto es que la RB no habla de apostolado en sentido moderno; pero prescribiendo la edificación de los huéspedes por la Palabra compartida, y orientando todo a la gloria de Dios cuando habla de las relaciones comerciales del monasterio¹⁰, sitúa la comunidad frente a lo que es responsabilidad ineludible de todo bautizado: el anuncio del Evangelio. Es por los canales de la portería y la hospedería (y de la liturgia), teniendo en cuenta este contexto de encuentro de hermanos en la fe, por donde el monasterio puede realizar esta tarea en orden a la comunión eclesial.

En líneas anteriores se ha hablado de *mutua* edificación. Si bien es cierto que San Benito pone en guardia para que el espíritu del mundo no entre en el monasterio, y que habla de la autosuficiencia que debe tener éste con respecto al mundo exterior, es también claro, como lo he recordado, que en la persona del huésped es Cristo quien

7. *Id.*, 53, 3-9. A. de VOGÜÉ, o.c., pp. 338-339.

8. *Cf.* RB 53, 3.

9. *Cf. id.*, 53, 8-9. J. LECLERCQ, *Marginalité et accueil*, en *Coll. Cist.* 33, 1971, p. 405.

10. *Cf.* RB 57, 7-9.

llega al cenobio; cuatro veces lo hace notar S. Benito en el capítulo 53. Con la llegada de Cristo en la persona del huésped, entran también en el monasterio la bendición del Señor¹¹ y su misericordia¹². Puede hablarse, entonces, de la mutua edificación ya mencionada; y esto se ilustra mejor recordando otro pasaje de la Regla. S. Benito, en el capítulo 61, hablando de la acogida de los monjes forasteros, insiste en la docilidad que debe darse en la comunidad ante la palabra que el Señor le haga llegar por el monje peregrino. La mención se justifica dado que en *RB*, *hospites* abarca tanto a laicos como a consagrados¹³.

De esta manera, pues, la comunidad monástica, a la vez que edifica en la fe al hermano que llega, es también evangelizada por la presencia del Señor en la persona del huésped, y por la palabra que a través de él le dirige.

c. Atención especial a los pobres

El tercer elemento que debe destacarse de la *RB* con relación a la hospitalidad, es la especial atención y esmero que ha de prestarse en la acogida de los pobres y peregrinos. En los textos que comentamos aparece explícita tal consideración¹⁴. En *RB* 53, 15 es bien clara la convicción de S. Benito sobre la presencia privilegiada de Cristo en el pobre, con la motivación evangélica fundamental que ha tomado para la hospitalidad: "Fui forastero y me acogisteis"; esta sentencia se ve cobijada por aquella del mismo texto de S. Mateo que sintetiza todas las demás: *Lo que hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis*.

d. Síntesis - Comentario

Acogida y hospitalidad en la comunidad monástica no son, pues, añadidos o elementos secundarios, y, menos, una obligación prescrita por la Regla que se confía a uno u otro miembro de la comunidad

11. Cf. *íd.*, 66, 3; 53, 24.

12. Cf. *íd.*, 53, 14.

13. A. de VOGUE, o. c., p. 341.

14. Cf. *RB* 53, 15; 66, 3.

para cumplir lo mandado. El portero y el hospedero no realizan su trabajo a título personal, el uno y el otro son delegados de la comunidad. Es ésta la que en ellos está pronta para acoger, y la que a través de ellos brinda la hospitalidad. Vale recordar aquí lo ya anotado a partir de RB 53, 3: la comunidad sale al encuentro del huésped que es anunciado.

Ahora bien, este movimiento de acogida y hospitalidad, que se expresa en acciones concretas, signos y gestos, tiene que responder a una actitud más profunda que debe darse en la comunidad como cuerpo y en cada monje: la disponibilidad para la comunión. La apertura de la puerta del monasterio implica primero la apertura del corazón, de toda la comunidad, con relación a los hermanos de fuera.

Aún más, desde la motivación evangélica que S. Benito ha subrayado, esta disponibilidad para la comunión que se traduce en prontitud alegre para recibir al hermano forastero, nace de otra actitud que es mucho más central y fundamental, en la vida del monje: la vigilancia, la permanente espera del Señor. Ya he anotado antes cómo la vida de la comunidad monástica y de cada monje tiene que estar jalonada por esta espera. Esta tensión, central en la vida del cristiano, es elemento que ha de realizar con intensidad la comunidad monástica manteniéndolo vivo en la conciencia de la Iglesia, para que nunca pierda de vista la meta a la cual apunta: a la comunión trinitaria y escatológica.

La hospitalidad es, pues, un reto a la fe, a la esperanza y a la caridad. A la fe en la presencia sacramental del Señor en los hermanos; a la esperanza que nos mantenga vigilantes aguardando al Señor, atentos a su paso por nuestras vidas; a la caridad que se traduzca en solicitud y delicadeza para recibir al hermano y en él a Cristo. Es pues, por ello, la hospitalidad, apertura a la comunión, y es expresión de una honda identidad monástica: de la vigilancia responsable que tiene que caracterizar al monje. No es, entonces, un añadido a nuestra vida, es elemento fundamental de nuestra vocación.

La comunidad monástica está ligada con vínculos de fe a los hermanos de fuera; en su seno éstos no son extraños; teniendo en cuenta la común filiación, y la realidad del monasterio como "casa de Dios", el huésped llegando al monasterio llega a "su casa", de

alguna manera forma parte de la comunidad, es "miembro de paso"¹⁵. La comunidad es la Iglesia siempre pronta para recibir al Señor que llega, atenta para descubrir la presencia de Cristo en cada hombre y de forma preferencial en los pobres.

Ciertamente, las circunstancias, el contexto socio-cultural, las condiciones de nuestro mundo, son bien diferentes a las del tiempo de S. Benito. Hoy se cuenta con mayores facilidades para el desplazamiento rápido, con más recursos turísticos y hoteleros, etc. No obstante ello, la hospitalidad monástica sigue teniendo esa implicación primera y simple de brindar techo, de dar cobijo al hermano forastero, con la certeza de que es Cristo el recibido. Y este primero y fundamental nivel de la acogida ha de marcar en la comunidad esa prontitud de la que ya se ha hablado, la vigilancia, la espera del que llega a horas imprevistas, del desconocido¹⁶.

Pero creo no equivocarme al señalar que nuestras hospederías monásticas marchan a un ritmo muy diferente: manteniendo un cierto margen para lo imprevisto, se funciona hoy con agenda y calendario, con cupos separados con anterioridad, etc. Este, que podemos llamar, "encuentro programado" entre monjes y huéspedes revela algo muy importante: nuestros huéspedes vienen a los monasterios con objetivos muy concretos, con búsquedas muy específicas. A partir de la situación que viven nuestros países, de los problemas y conflictos de nuestra sociedad, se podrían señalar muchos elementos que identifican la búsqueda de nuestros huéspedes. Baste ahora decir lo fundamental: ellos vienen al monasterio a buscar a Dios; hay una intuición que los impulsa, más aún, una convicción fuertemente arraigada: que el monasterio es "Casa de Dios", que los monjes son "hombres de Dios".

Esto que anoto hace que en la lectura de la *RB*, hoy cobre especial relevancia y brillo el dato ya subrayado antes: que lo que se comparte con los huéspedes es fundamentalmente la Palabra y la oración, más que las simples condiciones materiales de vida; y entonces es claro, leyendo hoy la *Regla*, que la hospitalidad como espacio abierto a la comunión, está orientada a la mutua edificación; siendo encuentro de los monjes y los huéspedes en Dios, apunta al mutuo enrique-

15. D. HUERRE, *Le moine, l'hôte et Dieu*, en *Lettre de Ligugé* 149, 1971, p. 11.

16. Cf. *RB* 53, 16.

cimiento en la fe, a la profundización de las relaciones de comunión en y con el Padre. Y desde aquí puede hablarse de la hospitalidad monástica como medio privilegiado de evangelización.

Pero ¡atención!: no puede olvidarse que se ha hablado de "mutua". Ya al comienzo mencionaba la evangelización permanente como condición de fidelidad en el seguimiento del Señor, responsabilidad eclesial fundamental, tarea primera del bautizado. Si hablo de hospitalidad como medio privilegiado de evangelización, me refiero al doble movimiento ya también señalado: de la comunidad hacia los huéspedes, pero también de estos hacia la familia monástica. En el huésped llega Cristo, con el huésped entran la misericordia y la bendición del Señor, a través del huésped resuena la Palabra del Señor para los monjes.

Y para que la hospitalidad monástica hoy colme realmente estas expectativas, para que a través de ella se realice esa evangelización permanente de monjes y huéspedes, es necesario que se den unas condiciones especiales en la vida del monasterio. Es lo que vemos en la parte siguiente.

II. HOSPITALIDAD Y NUEVA EVANGELIZACIÓN. IMPLICACIONES PARA LA COMUNIDAD MONÁSTICA

a. *Permanente redescubrimiento de nuestra identidad*

Para que la hospitalidad monástica responda hoy al cometido que hemos señalado en el apartado anterior, es necesario, en primer lugar, que los monjes redescubramos todos los días nuestra identidad. Me refiero con esto a la toma permanente de conciencia de nuestra pertenencia al Pueblo de Dios, la responsabilidad que tenemos en la tarea evangelizadora de la Iglesia, y la especificidad carismática desde la cual nos ubicamos en la Iglesia y asumimos su tarea. Miremos despacio estos tres elementos:

1. Miembros del Pueblo de Dios: Puede parecer superfluo insistir en esto, sabiendo que como grupo de bautizados la comunidad monástica tiene ya por ello consistencia eclesiológica. Pero teniendo en cuenta las implicaciones reales de tal afirmación, no sobra enfatizarlo. En efecto, cuando se habla de pertenencia al Pueblo de

Dios, se habla de inserción en una iglesia particular concreta, lo que supone claras exigencias en orden a la comunión. Remito aquí a la conferencia: *Los monjes en la Iglesia local*.

Ahora, hacer tal subrayado es necesario. Desde los orígenes mismos del monacato es constatable la tensión monasterio-iglesia local: y, escudados en la consideración de la vida monástica como fenómeno marginal en la Iglesia, desde sus comienzos, y en la exención, se ha asumido muchas veces una actitud de indiferencia ante la vida de la Iglesia local. Aún agrego otro elemento que nos ayuda a ver la razón de esta insistencia en la pertenencia al Pueblo de Dios: el peligro siempre actual del triunfalismo, que puede llevar la comunidad monástica a considerarse "superior", "más perfecta", de frente a otras comunidades cristianas. El peligro es siempre real. Por muchos siglos se habló en la Iglesia de "estados de perfección" refiriéndose con exclusividad a la vida religiosa, y considerando aun la vida monástica superior a todas las demás. Aunque el concilio nos ha recordado la llamada a la santidad a todos los cristianos, y la posibilidad real de alcanzar la perfección por la caridad en cualquiera de los estados de vida, aún quedan rezagos de tal mentalidad discriminatoria y triunfalista.

Necesario es, por tanto, el redescubrimiento permanente de esta nuestra identidad fundamental: somos miembros del Pueblo de Dios. Llamados por el Señor a la vida monástica en su especificidad carismática, sí; pero en el seno de su Pueblo.

Abro aquí un breve paréntesis que considero necesario: sirviéndonos de una categoría eclesiológica de Puebla, podemos decir que la comunidad monástica es otro "centro de comunión y participación" (en adelante: CCP).

El *Documento de Puebla* define los centros de comunión y participación como lugares preferenciales de evangelización en los cuales se vive la experiencia de comunión y se realiza la tarea de anuncio del Señor; y, enumerando como centros fundamentales la familia, las CEB, y la parroquia, habla también de "otros grupos eclesiales", centros todos que encuentran su legitimidad eclesial por la experiencia de comunión más amplia que se realiza en la Iglesia particular¹⁷.

17. Cf. *Documento de Puebla (DP)*, 617. 618. 567. 645.

Entre estos "otros grupos eclesiales" a los que se refiere el n° 617 de *Puebla*, se puede considerar la comunidad monástica. Los elementos que por definición exige el Documento para llamar a un grupo cristiano CCP, se dan en ella. La experiencia eclesial de comunión se realiza en la comunidad de monjes con radicalidad, ella es comunidad de vida, de fe, y litúrgica; su mismo testimonio de fraternidad es ya anuncio del Evangelio, y, como se ha subrayado antes, a través de la portería y la hospedería canaliza esta tarea eclesial de evangelización.

Esta aproximación eclesiológica a la comunidad monástica no nos desvía del curso de nuestra reflexión; al contrario, considerar la familia monástica como CCP, ayuda a ubicarla en el contexto amplio de nuestra Iglesia Latinoamericana. Fundada sobre un carisma especial del Espíritu, don suyo a la Iglesia particular, la comunidad monástica es en el seno de esta última otra posibilidad de vivir la experiencia cristiana, otra posibilidad de seguimiento de Jesús y de anuncio del Evangelio.

Ahora, condición de madurez para los centros de comunión y participación, y entonces también para la comunidad de monjes, es la profundización de las relaciones de comunión de unos con otros, relaciones efectivas y concretas, que se abren a la universalidad en y desde la iglesia diocesana.

Si hemos hablado ya de la hospitalidad monástica como apertura a la comunión, como encuentro de hermanos en la fe, ésta solo es posible desde una arraigada conciencia eclesial. Si los monjes son cada vez más conscientes de su pertenencia al Pueblo de Dios; si se tienen en cuenta las implicaciones concretas de la inserción en la Iglesia particular, la "sintonía" que debe darse con esta última, la necesidad de relaciones con los otros CCP, si todo esto, digo, es conciencia permanente en la comunidad monástica, entonces la acogida y la hospitalidad se verán cualificadas como espacio abierto a la comunión, y no como añadido o entrega de un "sobrante".

2. *Responsables en la tarea evangelizadora de la Iglesia*

Otra exigencia a la comunidad monástica para que la hospitalidad cumpla el cometido señalado en la primera parte, es la permanente toma de conciencia de la responsabilidad que todos los monjes tenemos en la tarea evangelizadora de la Iglesia. Si nuestra conciencia eclesial es cada vez más profunda, se arraigará también progresivamente el celo por el anuncio del Evangelio, la convicción de que este anuncio es nuestra tarea cristiana primordial. Como Puebla lo señala, "la misión evangelizadora es de todo el Pueblo de Dios...es su vocación más profunda... El Pueblo de Dios, con todos sus miembros, instituciones y planes, existe para evangelizar"¹⁸.

Al hablar de los agentes de comunión y participación, después del ministerio jerárquico el Documento de Puebla presenta la vida consagrada. Se parte de la convicción de que ésta "es en sí misma evangelizadora en orden a la comunión y la participación en América Latina"¹⁹; y con respecto a las comunidades contemplativas en particular afirma que "son como el corazón mismo de la vida religiosa. Animán y estimulan a todos a intensificar el sentido trascendente de la vida cristiana. Son también ellas mismas evangelizadoras..."²⁰.

El mismo Documento, al presentar "la verdad sobre la Iglesia" y hablar de ésta como signo e instrumento de comunión, subraya con énfasis que la Iglesia evangeliza en primer lugar mediante el testimonio global de su vida²¹. En este contexto se hace la única mención explícita del monacato benedictino en el Documento de Puebla. La nota al n° 272 ya ha sido suficientemente comentada y reflexionada en otras circunstancias. Sólo subrayo que es bien significativo el contexto en el que se nos menciona: en la línea de la sacramentalidad de la Iglesia (signo e instrumento de comunión), y de la fuerza del testimonio en la evangelización.

Desde nuestra sensibilidad eclesiológica hoy es, pues, necesario insistir en esta responsabilidad en la tarea evangelizadora. Pero también, como ya se ha visto, y es bueno recordarlo, desde la misma Regla se puede colegir tal tarea como fundamental en la vida monástica.

18. DP, 348.

19. *Id.*, 721.

20. *Id.*, 738.

21. *Id.*, 272.

Desde esta permanente conciencia de responsabilidad en el anuncio del Evangelio, y sabiendo que el carisma monástico es don del Espíritu para la edificación del Cuerpo de Cristo, la hospitalidad y la acogida adquieren toda su fuerza en orden a la comunión eclesial. Los gestos sencillos en la recepción de los huéspedes podrán vivirse en espíritu de fe, en esa dimensión casi litúrgica que señala S. Benito., sólo desde una identidad eclesial-evangelizadora seriamente arraigada. Sin ella nuestras hospederías serán casas de descanso u hoteles, antes que espacios abiertos a la comunión; nuestra acogida será exquisita cortesía, pero no encuentro de hermanos para la mutua edificación en la fe. Insisto: solo desde esta conciencia eclesial-evangelizadora, la hospitalidad monástica puede ser medio privilegiado para la nueva evangelización.

He mencionado atrás el peligro del triunfalismo. Esta actitud, sin duda, empaña las relaciones del monasterio con los hermanos de fuera. La permanente toma de conciencia de nuestro ser Iglesia evangelizadora, es freno a tal peligro. En efecto, sentirse miembro del Pueblo de Dios, enraizada en una Iglesia particular concreta, con las necesarias relaciones con los demás CCP, mantiene viva en la comunidad monástica la certeza de que es la Iglesia sólo en comunión con las otras comunidades cristianas. La cerrazón a tales relaciones de comunión sería igualmente hermetismo ante la acción del Espíritu; es a través de esta inter-relación entre los diversos CCP por donde pasa la vida del Señor resucitado, haciendo de la Iglesia un ser vivo y signo preclaro de la comunión de amor en él.

Ahora, la conciencia de responsabilidad en la tarea evangelizadora ayuda a mantenerse vigilante ante el peligro mencionado, y hace más diáfanos y humildes las relaciones con los hermanos a través de la portería y la hospedería. Consciente de que el carisma que la funda es para la edificación de la Iglesia, a la vez que se preocupa de realizarlo con sentido de donación al pueblo de Dios, como anuncio de Cristo muerto y resucitado, la comunidad monástica debe estar igualmente abierta a recibir. "La doctrina completa del carisma implica que somos capaces al mismo tiempo de dar y recibir"²²; y a este respecto recuerdo lo ya anotado antes: la comunidad

22. R. WEAKLAND, *Il monastero Benedittino e la Chiesa locale*, en AA.VV. *Il simposio monástico nel XV centenario della nascita di S. Benedetto patrono d'Europa*, Parma, TBE, 1982, p. 144.

debe estar abierta a la palabra que el Señor le dirige en la persona del huésped que llega al monasterio.

Ahora, la profundización creciente de esta identidad de Iglesia evangelizadora, que cualifica la hospitalidad y la acogida como apertura a la comunión, tiene para la comunidad monástica implicaciones serias y exigentes. Menciono rápidamente algunas que considero centrales:

- en primer lugar, se impone una responsable atención a los "signos de los tiempos", un esfuerzo de profundización en el conocimiento de la realidad y de lectura de fe de los acontecimientos. E, igualmente, una aguda sensibilidad ante las nuevas pautas y modelos culturales, que van dando también nueva configuración a la identidad de los pueblos latinoamericanos²³. Solo así la Palabra compartida a través de hospedería, portería y liturgia, será verdaderamente una respuesta a la situación concreta del medio donde se encuentra la comunidad de monjes, y podrá contribuir al proceso de liberación que urge la realidad.

Este conocimiento de la realidad, de las situaciones dramáticas de pecado y de injusticia, evitará que lo que comparten los monjes y huéspedes a través de hospedería y portería se convierta en "sedante" que pone entre paréntesis la realidad del medio. El encuentro de monjes y huéspedes debe favorecer en unos y otros una mirada de fe a tal realidad, debe impulsar a asumirla con esperanza y a buscar en ella la reconciliación y la paz.

- necesario es también un conocimiento de los esfuerzos pastorales, planes y proyectos, que la Iglesia particular y la parroquia realizan para afrontar la realidad desde el Evangelio. Tal empeño posibilita una verdadera "sintonía" con la Iglesia local; y cualifica el servicio en orden a la comunión. Pero, sobre todo, esto evitará que el monasterio se convierta para muchos en "sustituto", quiero decir, evitará que muchos cristianos, descuidando su compromiso con los CCP en los cuales están llamados a vivir su experiencia eclesial y su tarea evangelizadora, se "refugien" en lo que el monasterio pueda ofrecerles. El monasterio no puede ser, para los hermanos de fuera, alternativa a la vida parroquial o de CEB o de otros centros; al contrario, será de verdad instrumento de comunión,

23. DP, 408-419.

mediante la acogida y la hospitalidad, en la medida en que ayude a quienes entran en contacto con la comunidad monástica a ubicarse comprometidamente en sus propias comunidades.

3. *Monjes y monjas*

Miembros del Pueblo de Dios y con una responsabilidad clara en la tarea evangelizadora de la Iglesia, sí; pero ubicados en este Pueblo y realizando esta tarea desde nuestra especificidad carismática, como monjes y monjas.

En necesario recordar que, aunque en RB 53 y 66 se habla primero de recepción y luego de separación, a esta última le corresponde una lógica prioridad; como nos lo recuerda D. Adalbert de Vogüé, "en el principio de toda vocación y de toda comunidad monásticas se encuentra un éxodo; la acogida del monasterio es la de una sociedad constituida fuera del mundo, y las restricciones con las que va acompañada, son la consecuencia permanente de esta gestión de retiro primordial"²⁴.

Creo que no hay que insistir mucho en las razones de esta separación, de esta distancia que la comunidad monástica toma con respecto del mundo. Llamados por Dios a buscarlo "con la intensidad de lo absoluto" en el seguimiento radical de Jesucristo, los monjes y monjas queremos vivir al máximo la novedad cristiana, la de los últimos tiempos ya presentes. Toda vida religiosa es signo escatológico en la Iglesia, pero el retiro radical que se opera en la vida monástica hace de ésta un signo específico del vivir sólo para Dios. Por ello buscamos las condiciones mejores para realizar este proyecto y establecemos comunidades retiradas. Como todo carisma religioso también el monástico, por su misma naturaleza, necesita de una atmósfera de libertad para crecer, de un espacio de autonomía. En la tradición monástica es claramente constatable el esfuerzo de independencia frente a todo tipo de interferencia que forzarían al carisma monástico a entrar en un modelo que no es el suyo, y que darían cierto fin pragmático a la vocación del monje²⁵.

24. A. de VOGÜÉ, o.c., p. 336.

25. Cf. G. DUBOIS, *La communauté monastique dans l'Eglise*, en *Coll. Cist.* 35, 1973, pp. 40-52.

J. LOEW, *Séparation du monde et ouverture au monde*, en *Lettre de Ligugé* 148, 1971, pp. 12-15.

La separación, con lo que implica de soledad y silencio, se entiende solo desde la peculiaridad de la llamada que Dios hace a los monjes; es elemento esencial de la vida monástica, que ayuda a situarse de la forma más plena posible en ese punto escatológico de la Iglesia, el de los últimos tiempos ya presentes. De esta manera, la marginalidad de la que se ha hablado, marcada por esta separación, no significa ruptura de la comunión eclesial, al contrario, nos ubica en el corazón mismo de la Iglesia²⁶.

La distancia es, pues, condición previa a la apertura. La separación posibilita unas condiciones aptas para vivir el *quærere Deum* con la intensidad de lo absoluto, permite establecer un ritmo de vida en el cual todo se orienta exclusivamente a esta búsqueda. Se entienden así, entonces, las advertencias de S. Benito para que el espíritu del mundo no penetre en el monasterio, y las limitaciones que establece en el compartir de los monjes y los huéspedes.

Es de capital importancia para la vida de la Iglesia mantener viva esta tensión escatológica; la vigilancia, la espera atenta del Señor, es elemento esencial de su peregrinar histórico. Para avivar esta tensión y mantener ardiente esta vigilancia, el Espíritu del Señor ha suscitado el carisma monástico. La separación posibilita a la comunidad monástica ser fiel a este don propio recibido del Espíritu.

El redescubrimiento permanente de esta, nuestra identidad carismática es elemento que cualifica igualmente la acogida y la hospitalidad que ofrecemos a los hermanos de fuera.

De la autenticidad con la cual vivamos nuestra vocación monástica, de la seriedad con la que asumamos el *quærere Deum* en las condiciones que requiere, en el retiro, la soledad y el silencio, de esto depende la veracidad de fe de la hospitalidad; porque sólo desde tal coherencia en la vivencia de nuestro carisma podremos mantener viva la vigilante espera, podremos reconocer a Cristo en el hermano que llega.

b. Mantener viva la tensión entre acogida y separación

Una segunda exigencia para que la hospitalidad monástica sea de verdad medio privilegiado para la nueva evangelización, es precisamente avivar esta tensión entre separación y acogida.

26. G. DUBOIS, o. c., *Coll. Cist.* 34, 1972, p. 330

Ante la urgencia de una evangelización "nueva en sus métodos, en su ardor y expresión", y conscientes de nuestra pertenencia al Pueblo de Dios, con la consiguiente responsabilidad en el anuncio del Señor, la tendencia espontánea sería más bien suavizar la tensión, desconociendo o minimizando uno de los dos polos. Si en algunos momentos de la historia se pudo haber dado una cierta indiferencia hacia el mundo, un descuido en las relaciones con la Iglesia local, cargando el acento en las limitaciones que señala S. Benito en la relación con los de fuera, y vigorizando entonces la clausura, hoy, desde nuestra sensibilidad eclesial de comunión, puede darse la tendencia contraria, se puede propender a una apertura que relativice al máximo las limitaciones señaladas en la *Regla* en cuanto a la hospitalidad.

Ya he anotado en la primera parte cómo la vida de cada monje y de toda comunidad monástica se realiza en la dinámica que marca la tensión entre retiro-soledad y apertura al mundo. Condición necesaria pues, para que mediante nuestra hospitalidad entreguemos a los hermanos lo que el Espíritu quiere darles a través de nosotros, y por lo que ha suscitado el carisma, es avivar esta tensión; y esto, precisamente, por medio del redescubrimiento permanente de nuestra identidad eclesial-monástica de la que hablamos en el punto anterior.

La tensión entre estas dos fuerzas (separación-acogida), es condición de vida para la comunidad; es impulso del Espíritu que la mantiene en la fidelidad al don original, y es movimiento vigilante que ayuda a conservar íntegro el carisma para la edificación de la Iglesia. Esta tensión es moción del Espíritu que recuerda continuamente a la comunidad su responsabilidad: a través de ella él quiere hacer pasar a la Iglesia su sopro vivificante que la mantenga en actitud de espera de su Señor, en tensión escatológica. Por medio, pues, de su testimonio de vida y del espacio abierto a la comunión en hospedería y portería, el Señor así lo realiza. Pero, este don que hace el Espíritu a la Iglesia por medio de la vida monástica, este testimonio que edifica, se "cuece" en el retiro, la soledad y el silencio.

Lo que nos pide la Iglesia es dar testimonio de nuestro ser esencial; lo que el huésped espera percibir es la gratuidad de la búsqueda de Dios. Y, repito, esto supone limitar el compartir, acoger desde el silencio.

Manteniendo la tensión, por la acogida fraterna dejamos pasar la acción del Espíritu para nuestros hermanos y recibimos también

su misericordia; y, por la separación, salvaguardamos el don del Espíritu para la Iglesia, e, igualmente, en el retiro y el silencio nos disponemos para acoger a Cristo y recibir la palabra que nos trae en el huésped.

Ahora bien, las restricciones que señala S. Benito para la acogida, tienen que hacernos cada vez más conscientes de que la Iglesia y su tarea no se agotan en nosotros. Somos la Iglesia, sí; somos responsables en la tarea de anunciar el Evangelio, sí... pero hemos de ser humildes y no pretender más de lo que nos pide el Señor. (Hay que tener en cuenta, eso sí, la diversidad de maneras como las comunidades monásticas se ubican en la Iglesia local de cara al trabajo de evangelización, de acuerdo a las tradiciones propias de cada congregación.)

c. Opción preferencial por los pobres

También aquí nos encontramos de frente a otra condición indispensable para que la hospitalidad monástica sea de verdad medio privilegiado para la nueva evangelización.

Esta exigencia se le impone a la comunidad monástica desde varios ángulos. En primer lugar: la conciencia eclesial de la que hemos hablado tiene que llevar a la comunidad de monjes a sentir con el contexto más amplio de la Iglesia Latinoamericana: en sus opciones preferenciales. Esta última, desde Medellín, con clara y explícita afirmación en Puebla, y en coherencia con la lectura de los signos de los tiempos (en la que se constata la pobreza como sello que marca a las mayorías del continente), ha hecho opción preferencial por los pobres²⁷. Y esta opción se presenta como condición para que cualquier proyecto de comunión y participación sea legítimo y válido, y tenga a su vez verdadera fuerza liberadora²⁸.

Y en segundo lugar, la atención especial a los pobres es condición de fidelidad al espíritu y a la letra de la *Regla* bajo la cual hemos querido vivir, es condición de fidelidad a nuestra propia tradición monástica. Desde el texto mismo de la *RB*, hospitalidad y

27. DP 29. 1134.

28. J. LIBANIO, *El documento final de Puebla. Sus líneas generales*, en EQUIPO SELADOC, *Panorama de la teología latinoamericana V, Materiales*. Salamanca, Sígueme, 1981, pp. 108-109.

atención especial a los pobres son dos elementos que se implican el uno al otro, son inseparables.

En el transcurso de esta conferencia he hablado de la acogida y la hospitalidad como apertura a la comunión; he mencionado la portería, la hospedería y la liturgia como espacios abiertos a esta experiencia eclesial. Creo que todos podemos confirmar la presencia del pobre en nuestra liturgia, y aun en nuestras porterías... pero ¿podemos decir lo mismo de nuestras hospederías?

Al plantear este interrogante no hago otra cosa que dejar resonar algo que se nota como preocupación constante desde hace años entre los monjes y monjas de América Latina. Me limito a citar un ejemplo que ilustra esto: leyendo los textos de paneles y conferencias del III EMLA es bien clara la constatación hecha en tal reunión: "pocos pobres, obreros, campesinos llegan a nuestras hospederías"... y salta la pregunta "¿Por qué?"²⁹; y la anotación sobre la no fijación de precios o cuotas por el hospedaje hasta ese momento en la mayoría de los monasterios, hace ver, en principio, que la razón no es meramente económica. Se dieron otras respuestas: el P. Mamerto Menapace insistía: del estilo de vida que se vaya dando en un monasterio se deriva una clarísima selección de los huéspedes³⁰. El P. Max Alexander y los de CIMBRA veían en todo esto un reto: la búsqueda de una vida más simple para que los pobres y sencillos no se sientan incómodos en la "Casa de Dios", la exigencia de un ambiente más sobrio que permita compartir realmente con el pobre, comprender su vida y su lenguaje³¹.

No quiero alargarme mucho en este punto; considero, eso sí, que la exigencia a la que acabo de referirme, sigue en pie. La opción preferencial por los pobres, como elemento que cualificará también el ejercicio concreto de la hospitalidad monástica como medio para la nueva evangelización, implica necesariamente una opción por la pobreza. Esto es, para la comunidad monástica, signo fundamental de coherencia de vida y condición indispensable de credibilidad. El signo de comunión de amor en Cristo que está llamada a ser la comunidad de monjes en el seno de la Iglesia, será lúcido y diáfano desde esta opción. Los obispos en Puebla han sido claros: la conversión exigida a toda la Iglesia por esta opción preferencial, lleva consigo

29. Cf. *Cuadernos Monásticos* 48-49, 1979, pp. 116-118.

30. *Íd.*, p. 108.

31. *Íd.* pp. 116. 118.

la exigencia de un estilo austero de vida y una total confianza en el Señor, ya que la acción evangelizadora se hará contando más con el ser y el poder de Dios y de su gracia que con el "tener más" y el poder secular³².

Y no se trata entonces de caer en romanticismos e ingenuidades, no es cuestión de dar un barniz de pobreza a nuestra vida. La llamada es a una cada vez más radical conversión hacia la configuración con Cristo pobre; se trata de asumir con seriedad el camino de despojamiento, de kénosis, que S. Benito nos propone en la escala de la humildad como nervio central de nuestro seguimiento de Jesús.

Insisto, sólo desde la pobreza estaremos realmente abiertos a la comunión, y la acogida y hospitalidad serán efectivamente experiencia de Iglesia, encuentro de hermanos para la mutua edificación, en la fe. Si esta opción no se hace con claridad, el monasterio seguirá prestando muy buenos servicios, sin duda alguna; pero mantendrá la imagen de "gran patrón"; y esta imagen condiciona las relaciones con los hermanos de fuera: sin pretenderlo se seguirá seleccionando una cierta elite para la hospedería, y la portería seguirá siendo canal de beneficencia con relación a los pobres; así el encuentro fraterno de mutua edificación se verá frenado.

Finalmente, es necesario recordar que junto a la opción por los pobres se encuentra otra opción preferencial de la Iglesia Latinoamericana: la opción preferencial por los jóvenes. La menciono porque muchas veces la atención se centra sólo en la primera de las opciones preferenciales, descuidando la segunda, y olvidando que su formulación responde también a una lectura de fe de los signos de los tiempos. En el ejercicio de la hospitalidad monástica, para que ésta sea de verdad un medio privilegiado para la nueva evangelización, ha de prestarse igual atención preferencial a los jóvenes.

CONCLUSIÓN

Acogida y hospitalidad son, pues, elementos fundamentales en la vida y vocación monásticas. Constituyen, como se ha visto, una posibilidad de evangelización permanente para monjes y huéspedes, animando, entonces, al seguimiento fiel de Jesús.

32. DP, 1158.

Expresión de una profunda disponibilidad para la comunión, la hospitalidad está enraizada en esa actitud permanente de espera del Señor que ha de caracterizar al monje. La hospitalidad revela entonces la hondura de la identidad monástica, la actualiza y consolida.

Acogida y hospitalidad son disposiciones, actitudes permanentes, que han de cualificar la vida de toda la comunidad monástica y de cada monje en particular. No son meramente "oficios" que atañen a un portero y un hospedero.

La recepción de los hermanos de fuera, la acogida de Cristo en ellos, no se improvisan. La veracidad de fe de la acogida y la hospitalidad depende, como ya se dijo, de la autenticidad con la cual se viva la búsqueda de Dios al interior del monasterio. La comunidad monástica ha de prepararse pues para el ejercicio de la hospitalidad; y esto mediante el redescubrimiento permanente de su identidad, en clima de oración y de lectio; ha de prepararse en la profundización de su conciencia eclesial-evangelizadora, y con la sensibilidad y especial apertura a los hermanos más pobres; dócil, además, para escuchar las mociones del Espíritu en las búsquedas y desafíos de la juventud.

Todo ello dispone a los monjes para que al abrir la puerta del monasterio asumamos en Dios, sin vacilaciones y con generosidad, el empeño de la comunión. Aún más, nos dispone no sólo a esperar la llegada del Señor en el huésped, sino también a gritar con la misma súplica de Abraham: *Oh, Señor mío, no pases de largo...*, pues sabemos que nos trae misericordia y bendición. La apertura a esta aventura de la comunión nos hace instrumentos útiles en manos del Señor para la nueva evangelización que necesitan nuestros pueblos.

Monasterio Sta. María de Usme
Ap. aéreo 16035 - Bogotá D.E. (1)
Colombia

GUILLERMO ARBOLEDA, OSB